

RESEÑAS

Jean-Michel SALLMANN: *Charles Quint. L'Empire éphémère*. Paris: Payot, 2000, «Collection Biographie», 375 pp. ISBN 2-228-89314-5

El año 2000 fue el de una vasta producción de libros sobre Carlos V en ocasión del quinto centenario del nacimiento de ese príncipe de la cristiandad europea, en Gante, el 24 de febrero de 1500. Aparecieron publicaciones de toda índole, sobre todo biográfica. En un esfuerzo por tomar distancia frente a esa perspectiva, Jean-Michel Sallmann decidió centrar su análisis más sobre la obra que sobre el personaje. Considera, con razón, que un relato biográfico no hará nunca justicia a la inmensidad de territorios bajo el dominio de aquel monarca. En un solo relato, en consecuencia, *Carlos Quinto, el imperio efímero* integra el perfil del hombre a la compleja situación de la primera mitad del siglo XVI que viera nacer la monarquía católica de España.

En un imperio donde, según el autor, no hubo ni centro ni periferia, cada suceso ocurrido en las fronteras más lejanas tenía repercusiones sobre el conjunto del sistema, como en un vasto juego de dominó a escala planetaria. De ahí la pregunta central de este libro: con los medios de que dispuso y las categorías mentales de su tiempo, ¿cómo pudo Carlos V reinar sobre un conjunto de territorios tan dispar dando a cada uno el papel que le correspondía?

Historiador, Sallmann juzga que la comprensión del imperio debe comenzar por un análisis de sus diferentes dominios. El lector es así conducido al gran ducado de Borgoña, desde Dijon, su capital, pasando por el Franco-condado y el ducado de Luxemburgo, hasta la desembocadura del Rin y aún a los Países Bajos holandeses. En razón de las grandes vías de comercio que liga-

ban dos de las regiones más dinámicas de Europa, Italia y Flandes, no se puede ignorar la posición estratégica de esos territorios.¹

El autor estudia en seguida el legado ibérico, sobre todo la unión dinástica de las coronas de Castilla y de Aragón según las particularidades de cada una. Llama aquí la atención que la relación entre el rey de Castilla y la Iglesia no sea abordada, sino a partir de finales del siglo XV, y que el autor conciba a la península Ibérica como un *finis terrae* casi al margen del resto de Europa (p. 53).

Por su parte la Alemania de los Habsburgos, es decir el Sacro Imperio Germánico heredado por Carlos I de España, aparece como una entidad más nominal que efectiva. El mito de una *translatio imperii*, que habría trasladado la dignidad imperial de la antigua Roma a los francos, primero, y más tarde a los príncipes alemanes, subyace a la explicación de Sallmann. Éste constata, no obstante, una muy tardía generalización del derecho romano que no reemplazó a las viejas costumbres en esas regiones, sino hasta los contornos de 1514.

Están, finalmente, las posesiones italianas de Carlos (el ducado de Milán, el reino de Nápoles, y los reinos de Sicilia y de Cerdeña) que, como partes del legado aragonés, entraron en el legado imperial. Una Italia que no era entonces, sino una realidad geográfica y apenas una comunidad de lengua, eso sí, plena de realizaciones culturales, políticas, artísticas y económicas. Buen conocedor de la península Itálica,² el autor explica la fragmentación política que hizo de ella una fácil presa de las ambiciones española y francesa.

El primer capítulo de este libro nos presenta una Europa desagregada que impone a Carlos de Habsburgo a la vez un reto y un destino: el primero, surgiría de la "fascinación" ejercida por el "modelo francés" edificado por el Estado más grande y poderoso de la época, según Sallmann; el segundo, no sería otro que la necesidad de proseguir la política de sus antecesores, los Duques de Borgoña, a saber la hegemonía a expensas de los pequeños principados, y la rivalidad con Francia.

Es a partir del segundo capítulo del libro, "La construcción del imperio", que se ven aparecer elementos biográficos vinculados

¹ Los trabajos de Hilario CASADO ALONSO muestran que en el siglo XVI los mercaderes de Castilla fueron tan dinámicos o más que sus homólogos italianos y flamencos.

² Jean-Michel SALLMANN: *Naples et ses saints à l'âge baroque: 1540-1750*. París: Presses Universitaires de France, 1994.

con las alianzas matrimoniales suscitadas en la herencia del monarca. Sallmann explica así los distintos momentos en que Carlos V entró en posesión de dicha herencia: como Duque de Borgoña en 1515; como rey de Castilla y de Aragón en 1516; como emperador del Sacro Imperio y como rey, por sucesión, en Bohemia y en Hungría entre 1519-1527. El acceso a cada uno de esos dominios nos es facilitado mediante mapas de calidad que muestran la geografía política.

El siguiente capítulo está dedicado a las conquistas europeas; el apartado "Italia bajo el yugo imperial" destaca por la profundidad de su análisis. En él estudia el autor la gloriosa década de 1520-1530 que viera enfrentarse a Francisco I y a Carlos V. El control del norte de Italia desempeñaría un papel determinante para el futuro de la monarquía católica en el concierto europeo. No obstante, la afirmación según la cual los súbditos franco-borgoñones del emperador habrían visto las posesiones ibéricas como "meras colonias" nos parece algo sorprendente.

"La aventura americana" aborda seguidamente la incorporación de las "Indias de Castilla", acontecimiento clave en la forja del designio humanista de un imperio universal. Aquí Sallmann hace ver la paradoja de las poblaciones autóctonas de Perú y de la Nueva España, civilizaciones brillantes, aunque frágiles frente a la conquista española.

El quinto capítulo pone de relieve una ruptura debida a las debilidades estructurales que, según el autor, malograron el ideal universalista de Carlos. Reaparecen los elementos biográficos como el nomadismo del príncipe, insertos en una arquitectura pertinente. El autor expone los procesos mediante los cuales las fuerzas de disolución ganaron la partida a las de cohesión en los contornos de 1537. Estas últimas contribuyeron a consolidar una monarquía "compuesta", según la expresión feliz que Sallmann parece tomar de John Elliott.³ El autor se interesa por la "reorganización" de los órganos de poder y de las estructuras políticas que, bajo Carlos V, estuvo mayormente centrada en España. Pero la hace derivar de un elemento de "racionalización" que habría encontrado inspiración en la Francia de los Valois, y no atribuye ningún papel a la importante evolución política castellana de los siglos XIV y XV que sin embargo, es digna de atención.

³ John H. ELLIOTT: "A Europe of Composite Monarchies", en *Past and Present*, 137 (1992).

Las bases ideológicas del “imperio fragmentado” son objeto del sexto capítulo, el más extenso del libro, subtitulado “La idea imperial”. Según Sallmann ésta tomó forma a medida que el imperio mismo se estableció. Tuvo dicha idea una triple vertiente: en primer lugar, antiguas concepciones milenaristas que por entonces encontraron nueva expresión. En seguida, más actuales corrientes de pensamiento humanístico que revivieron la mitología imperial de la antigua Roma, latentes durante los dos últimos siglos de la Edad Media. Finalmente, la noción de un imperio cristiano cuyo fin era la lucha contra los infieles y que dio lugar a un mesianismo mediado por una interpretación estoica en tiempos ya de Carlos V. Haciéndose eco de la obra de Jean Delumeau, *Mille ans de bonheur, une histoire du paradis* (París, 1995), Sallmann también da cuenta de las corrientes escatológicas teñidas de milenarismo según las cuales se contaba con el advenimiento de un segundo Carlomagno. El pensamiento de Erasmo de Rotterdam nos es, asimismo, presentado en el contexto tan complejo de la ideología imperial de principios del siglo XVI. Cierran este denso capítulo una discusión sobre las rutas de comercio, el perfil más relevante de la economía imperial, y un análisis de la concepción imperial de Carlos V, tal y como la ilustran las instrucciones a su hijo, Felipe de España, entre 1543-1548. En éstas no destaca ni la tradición imperial gibelina ni las corrientes humanísticas, sino más bien la conciencia de la diversidad de los dominios y de la preservación de los intereses familiares ante las ambiciones de otras coronas, sobre todo de Francia.

Completa este capítulo un expediente iconográfico constituido por reproducciones en blanco y negro de una serie de cuadros de origen italiano y flamenco que refleja los principales ejes temáticos de la obra. Son, en especial, los aspectos familiares de Carlos V los que se hallan ilustrados mediante retratos de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de sus tías-institutrices o de su esposa Isabel de Portugal y de su hijo Felipe II. Hay, finalmente, imágenes referentes a las relaciones entre Francisco I de Francia y el emperador.

El origen y formación no hispánicas de Carlos V son de sobra conocidos. Pero también es cierto que España, y Castilla en particular, acabó ocupando una posición esencial en el imperio. Cabe entonces preguntarse si la idea imperial carolina no estuvo asimismo, nutrida por ingredientes peninsulares. Fuera del espíritu de cruzada, característico de la reconquista del reino de Granada, no hay en este libro ninguna mención de las concepciones

ibéricas del *imperium*, del “poder imperial”, sin relación con el sacro imperio germánico, que, no obstante, resultan fundamentales para la comprensión del poder en Castilla. Retomaremos esta cuestión.

Los capítulos siete y ocho abordan el importante problema religioso de la primera mitad del siglo XVI. Sallmann presenta con claridad una síntesis de la Reforma religiosa bajo sus aspectos teológicos (doctrina de Lutero), políticos y sociales (de la Reforma popular a la Reforma de los príncipes del imperio) y geográficos (el impacto de los diferentes movimientos reformistas en el resto del imperio). Para el autor la Reforma llevó a Carlos V a considerar la división de la cristiandad como un fracaso personal. Trató, asimismo, su sueño de un imperio universal empujándole a renunciar al poder. El siguiente capítulo (octavo) trata de la reacción de una Iglesia romana aún llena de vitalidad a pesar de los efectos de los movimientos protestantes. El estudio de esa toma de conciencia del catolicismo romano y del saneamiento del que fueron objeto sus diversos ámbitos, con un retraso de 20 años, se halla sobre todo centrado en las penínsulas Itálica e Ibérica. La evangelización de los vastos dominios del Nuevo Mundo requirió, según el autor, de toda la capacidad de movilización de la Iglesia católica romana.⁴

En el último capítulo de este libro, intitulado “La caída (1540-1558)”, el autor alcanza un perfecto equilibrio entre monografía y biografía. Aborda las diversas manifestaciones de oposición, de autonomía y de violencia que pusieron en peligro el imperio de Carlos V, y esto desde las fronteras orientales ante los turcos otomanos, hasta las revueltas que azotaron el virreinato de Perú. Para Sallmann tales conflictos eran inherentes al sistema y no quebraron las bases de una unidad cuya grandeza fue finalmente proporcional a su principal debilidad, la excesiva distancia de sus líneas de comunicación. Una serie de alianzas entre los más acérrimos enemigos de Carlos V, a saber el rey de Francia, el sultán otomano y los príncipes alemanes resultaron nefastas para el sueño de la monarquía universal y precipitaron la abdicación del emperador. Esta última fue casi tan compleja como lo había sido la integración del imperio, hasta el momento en que prevaleció

⁴ A este respecto es preciso decir que, como vehículo de evangelización, Santa María de Guadalupe de México y la virgen de Guadalupe de Extremadura no son la misma advocación según parece sugerir el autor en la p. 330.

el principio de división entre las dos ramas de la familia de los Habsburgo con Felipe II reinando sobre España, las Indias Occidentales, los dominios italianos y los Países Bajos, y Fernando, el hermano menor de Carlos V, sobre el sacro imperio germánico.

La conclusión de Sallmann parece justa: Carlos V fue el más grande príncipe del renacimiento y no el precursor de una Europa cuya existencia nadie preveía. Aun cuando hizo el esfuerzo de transformarse en un monarca español dejando lo mejor de sus dominios bajo la égida de la península Ibérica, fue un “flamen-co” hasta el final de sus días en su retiro de Extremadura.⁵ Esto no quiere decir, termina Sallmann, que se deba negar el papel considerable desempeñado por Carlos V en la Europa renacentista, en particular, en dos áreas: los esfuerzos de cohabitación con los luteranos y la tentativa de federar diversos dominios de un imperio que les concedía un margen considerable de autonomía.

La dispersión e inmensidad de los reinos parecen justificar el subtítulo de la obra “el imperio efímero”. Sabemos, sin embargo, que la mejor parte de ese imperio, en vida de Carlos V, tomó la forma de una entidad de naturaleza compuesta a escala mundial bajo la égida de Castilla. La “Monarquía española”, que duró más que los posteriores imperios francés e inglés, no tuvo nada de una realidad efímera.

Por lo demás, ciertos procesos característicos de la península Ibérica medieval, ausentes en el libro de Sallmann, podrían haberle sido de utilidad para profundizar y matizar algunas de sus apreciaciones. La ficción de un traspaso del imperio —la *translatio imperii*— de Roma hacia el centro de la Europa bárbara, tal y como la inventaron los juristas franceses del siglo XIII, habría podido hacer de la península Ibérica una periferia de la cristiandad. Sin embargo, las representaciones cartográficas describen, a todo lo largo de la Edad Media, un mundo mediterráneo que siguió siendo “romano” y que explica procesos tan diversos como las cruzadas, la difusión del derecho romano, de la filosofía y de los textos científicos.⁶ La cuenca del Mediterráneo y sus principios, constituyeron hasta probablemente mediados del siglo XVII, el verdadero centro a partir del cual se organizaron las periferias. En sus grandes líneas Sallmann parece estar de acuerdo

⁵ Se echa de menos en la bibliografía de Sallmann, el libro de Agustín GARCÍA SIMÓN: *El ocaso del emperador*. Madrid: Nerea, 1995.

⁶ Véase Adeline RUCQUOR: *Historia medieval de la península Ibérica*. México: El Colegio de Michoacán, 2000. (Primera edición, París, Le Seuil, 1993.)

con esta afirmación sobre todo en el plano económico. Él mismo constata una muy tardía generalización del derecho romano en los dominios alemanes del imperio. Entonces, ¿por qué minimizar el papel de los reinos ibéricos en la evolución de Carlos V? Por momentos pareciera que el autor se hace portavoz de los temores de Francisco I o de las reservas emitidas por las otras coronas europeas ante el ascenso del poderío español.⁷

La Francia emergente de un siglo de guerras, era sin duda, en 1450, el estado más poblado en el occidente cristiano. Sin embargo, Castilla distaba mucho de ser en esa misma época, un reino al margen del resto de Europa, como bien lo demostró Alfonso de Cartágena, el obispo de Burgos, en el Concilio de Basilea de 1434. Orgulloso de las victorias de su rey, ese prelado reivindicó y consiguió la precedencia de los castellanos sobre los ingleses.

Algunos ejemplos bastan para ilustrar la evolución del "imperio" hispánico. Herederos de una rica cultura jurídica de cuño romano, los reyes de Castilla y León adoptaron, en el siglo XI, el título de *imperator totius Hispaniae*. Con éste reivindicaron el poder supremo en nombre de una legitimidad —la estirpe de los reyes visigodos— y de una misión, la restauración de España. Tal reivindicación supuso dejar a los demás reyes cristianos de la Península el *regnum*, es decir, el cuidado de "regir" y administrar sus principados en el seno de una jerarquía política. Entre 1256-1275, el rey Alfonso X el Sabio, apoyado por algunos grandes electores, estuvo a punto de ser elegido emperador y rey de romanos.⁸ España no se mantuvo al margen de las aspiraciones imperiales antes del advenimiento de Carlos V.

Por otro lado la relación especial que une la corona a la Iglesia, y que Sallmann ve iniciarse en el siglo XV, remonta por lo menos a Isidoro de Sevilla, al siglo VII. Según las concepciones teodosianas, los reyes ejercían el poder absoluto y no reconocían más poder superior que el de Dios. Los monarcas ibéricos, vicarios de Dios en su reino, eran a la vez defensores de la Iglesia y de la fe. Por su parte la Iglesia ibérica, que no constituyó un "poder" autónomo —aun espiritual— nunca dejó de disfrutar de una gran autonomía ante Roma.

⁷ Para las reacciones europeas ante el poderío español remito a la reciente obra de Jocelyn HILLGARTH: *The Mirror of Spain, 1500-1700, the Formation of a Myth*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 2000.

⁸ Véase Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ: *Alfonso X, 1252-1284*. Palencia: Diputación Provincial de Palencia, 1993.

Parece razonable suponer que la reorganización de los órganos de gobierno y de las estructuras políticas peninsulares bajo Carlos V, se haya inspirado más en la tradición hispana del *imperium* y en la precoz evolución política castellana de los siglos XIII al XV, que en un “elemento de racionalización” inspirado por Francia según sugiere el autor.⁹ El concepto del poder en España evolucionó en el sentido de una monarquía compuesta (corona de Aragón, titulación de los reinos de Castilla, etc.). En cambio la tradición monárquica francesa es “anti-imperial” en la medida en que su evolución no dio lugar a una yuxtaposición de reinos distintos en el seno de la corona, sino más bien a una política de centralización y de uniformidad. En consecuencia el modelo de Carlos V no pudo ser el de los Valois.

Ésta es la principal reserva que nos impone esta obra, por lo demás tan cuidada e interesante, de Jean-Michel Sallmann sobre el imperio cuyas bases sentó Carlos V. Tal vez a causa de sus raíces medievales ese imperio no fue tan “efímero” como lo sugiere el subtítulo.

Oscar MAZÍN

El Colegio de México

David BRADING: *La virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*. México: Taurus, 2002, 645 pp. ISBN 968-19-0659-4

Hace mucho tiempo que el historiador inglés David Brading sigue con rigor uno de los hilos esenciales de la historia de las ideas en la América española. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, publicado hace casi 30 años, y su monumental *Orbe Indiano*, aparecido en 1991 en inglés y en español, eran hasta comienzos de este año dos frutos muy saboreados de sus empeños por establecer y comprender el surgimiento y modelación del patriotismo criollo.

El mismo tema del patriotismo-nacionalismo aborda el profesor Brading en su nueva obra, *La Virgen de Guadalupe. Imagen y*

⁹ Para la evolución política castellana en la Edad Media tardía véase Salustiano de Dios: *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1982.